

Ocho segundos. *Dallas Buyers Club*

Tomás Domingo Moratalla

Profesor de Filosofía Moral en la Universidad Complutense de Madrid.
tomasdomingo@filos.ucm.es



Ficha técnica

Título: Dallas Buyers Club

Dirección: Jean-Marc Vallée

Guión: Craig Borten, Melisa Wallack

Año: 2013

País: Estados Unidos

Duración: 117 minutos

Fotografía: Yves Bélanger

Reparto: Matthew McConaughey, Jennifer Garner, Jared Leto, Steve Zahn, Dallas Roberts, Denis O'Hare, Griffin Dunne, Kevin Rankin, Lawrence Turner, Jonathan Vane

Género: Drama

Quizás para muchos espectadores la película *Dallas Buyers Club* no presente especiales atractivos. No es especialmente agradable, ni especialmente amable. Sin embargo, pertenece a ese grupo de películas —probablemente no muchas— que tenemos que ver, que forman parte de ese listado de cintas que los aficionados al cine deben ver y, añadiría yo, que los aficionados o los dedicados a la bioética también. Las buenas películas son aquellas que tras haberlas visto eres otro, y no es necesario que hayan supuesto un cambio radical o una conversión, simplemente hay algo de ti que ha cambiado; entras en la sala de proyección y sales distinto, quizás en una pequeñísima porción, pero distinto. Esto sucede por el poder que tienen algunas películas, como esta que comentamos, de configurar una experiencia previa que conocemos para ofrecernos una experiencia transformada. Esto es lo que ya Aristóteles, al describir el funcionamiento de la tragedia, llamó «mímesis» y «catarsis».

Dallas Buyers Club es un magnífico ejemplo del proceso mimético y catártico. Mímesis no es copia, es recreación, configuración de un mundo. El mundo aquí recreado y reconstruido es de la aparición del SIDA; visto como enfermedad y, sobre todo, como hecho social. La película nos pone ante los ojos lo que fue la aparición de la enfermedad, las reacciones, los miedos y los abusos, de unos y de otros. Lo hace de una forma directa, abrupta, con pocas concesiones; muy lejos de la sentimental y más amable *Philadelphia* (J. Demme, 1993). Esta transformación del tratamiento del tema del SIDA que opera la película

lo logra gracias a la magnífica interpretación de Matthew McConaughey. Es el alma de la película; es todo alma (¡en verdad tiene muy poco cuerpo!). Ha sido ya muy repetido que perdió 23 kilos para interpretar el papel, pero el merecido Oscar no lo ha ganado por someterse a una dieta atroz, sino por haber sido capaz de transformarse en Ron Woodroof —y a nosotros con él—. El propio actor ha sufrido una catarsis interpretativa si lo comparamos con sus anteriores trabajos.

La película nos muestra esta lucha por la vida que tiene, además, un componente jurídico al arremeter contra una administración sanitaria movida por los intereses económicos de las empresas farmacéuticas

La película nos cuenta cómo un vaquero, un cowboy homófobo y drogadicto, es diagnosticado con sida; los médicos que lo tratan solo le dan treinta días de vida. Alejado de sus amigos, fruto del odio y rechazo que él mismo ejercía, consume AZT, el medicamento aprobado por la administración sanitaria estadounidense. Pero sospecha de su eficacia y se somete a otros antivirales que, aunque no cuentan con los beneplácitos de la administración, son menos dañinos que el AZT. Lo que él quiere es sobrevivir y aguantar. Desahuciado, se dedica al contrabando de estos antivirales para

poder vivir y ayudar a vivir a otros. Y así, Ron acaba por crear el «Dallas Buyers Club» («Club de Compradores de Dallas»); la película nos muestra esta lucha por la vida que tiene, además, un componente jurídico al arremeter contra una administración sanitaria movida por los intereses económicos de las empresas farmacéuticas. Esta lucha constituye la trama de una película cuyo final quedaba anunciado ya en sus primeras escenas. Desde un punto de vista bioético aparecen algunos temas con fuerza: la vivencia de la enfermedad, su dimensión social, y, sobre todo, el poder controlador de las empresas farmacéuticas que financian formas de investigación que podríamos tildar, como mínimo, de poco éticas. Pero estos temas, siendo importantes, no dejan de ser meramente ilustrativos en el hacer de una bioética narrativa. Sin lugar a dudas, hay muy buenos minutos para que puedan ser utilizados en más de un curso de bioética. Pero la potencia deliberativa en bioética (en ética) se encuentra en otro lado. Precisamente en la catarsis que sufre el personaje, en este caso no el actor, sino el propio Ron Woodroof.

Al comienzo de la película, Ron se nos

presenta como un ser tremendamente egoísta, narcisista, lleno de prejuicios y cuyo único interés vital es un hedonismo vacío autocomplaciente. El personaje se va transformando; no para convertirse en otro totalmente distinto, para ser bueno, o admirado, etc. Esa solución fácil no es la que se nos ofrece. Lo que gana Ron Woodroof, a lo largo de este proceso de enfermedad y de lucha, en muchos frentes, es *estima de sí*. La enfermedad no lo deja sin entusiasmo, sino que hace surgir en él una afirmación de sí mismo muy diferente al simple impulso hedonista o individualista. La *estima de sí* es la confianza en el propio poder, confianza en las propias capacidades, de uno mismo y de aquellos que se encuentran en una situación parecida. Esta *estima de sí* es la que lo lleva a romper sus prejuicios y a estimar a los otros, sin llegar a ser lo que podríamos llamar «buena persona». Quizás pueda seguir siendo despreciable, pero hay algo en él que se ha recuperado, que ha emergido, y nosotros —espectadores— contemplamos.

Esta *estima de sí* es el corazón de la autonomía moral. Sin ella la autonomía no deja de ser más que un principio legal o una afirmación meramente

formal. Es esencial para poder hablar de comportamiento moral, de dignidad al vivir la enfermedad, al vivir de cara a la muerte o simplemente vivir. Pasamos de una autonomía que yo denominaría «autonomía—cowboy» a una autonomía madura (responsable), que sabe lo que está entre manos y lo que se juega. La autonomía moral no es la primera, sino la segunda (¡cuántas veces se olvida en temas bioéticos!). Autonomía no es «hacer lo que

La película es, por tanto, una lección de *rodeo*: cómo montar un toro que se llama vida y aguantar 8 segundos —por lo menos—

uno quiera», un dejarme llevar o un dejarme caer. La autonomía moral busca lo mejor posible, se adecua, no se impone, cuenta con las circunstancias e intenta dominarlas. Esta es la gran lección ética de la película. Invito al lector—espectador a que se fije en la primera escena y en la última... ¡Es la misma! Se trata de montar un toro de *rodeo*, y hay que montarlo por lo menos ocho segundos (el tiempo estipulado en las pruebas clásicas y más populares de *rodeo*). Ahora bien, lo que sucede en la última escena es totalmente diferente a lo que pasa en la primera; es la diferencia que hay análogamente entre una autonomía—cowboy y una autonomía responsable, o entre un ser egoísta y un ser con *estima de sí mismo*.

La película es, por tanto, una lección de *rodeo*: cómo montar un toro que se llama vida (muerte, enfermedad, alegría, dolor, placer, etc.) y aguantar 8 segundos —por lo menos—.



Escena de la película